

Oculto Mucho más de lo que Descubre

Turbio Lenguaje del Poder

- ★ Es un Instrumento de Desinformación y Mentira
- ★ Su Objetivo, la Defensa de Intereses Ilegítimos
- ★ Sustento Moral Claro en el Discurso del EZLN

LORENZO MEYER

El subcomandante Marcos y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) pueden resultar inaceptables para muchos, pero ni sus enemigos negarán que el discurso de los nuevos zapatistas es sencillo, comprensible y tiene un sustento moral claro. Se trata, por tanto, de la antítesis del lenguaje gubernamental.

Por años, en México ha dominado un discurso político tan alejado de la realidad, que para el grueso de los ciudadanos es simplemente un ruido más. Y si

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

Turbio Lenguaje del Poder

Sigue de la primera plana

por largo tiempo ese discurso parecía como el único posible, ya no es más el caso. Si antes ese lenguaje político simplemente dejaba indiferente al auditorio, hoy es motivo de burla (véase, por ejemplo, la columna semanal de Carlos Monsiváis. "Por mi madre, bohemios", en *La Jornada*), o de irritación.

Lo anterior representa un serio problema para el poder e incluso para cierta oposición, pues para transformar su discurso de simple ruido ambiental en un medio real de comunicación, es necesario que el emisor no sólo cambie de lenguaje sino que cambie de conducta, que logre la congruencia entre el decir y el hacer.

El subcomandante Marcos y el EZLN modificaron, de golpe, el patrón tradicional del discurso político mexicano justamente porque decidieron romper con la política tradicional, poniendo la vida de por medio.

El subcomandante Marcos y el resto de los zapatistas son subversivos, no sólo porque decidieron empuñar las armas en defensa de derechos básicos, elementales, sino también y sobre todo, por haberse decidido a llamar al pan, pan y al vino, vino. Esta sencillez y congruencia del lenguaje y la acción política es una actitud nueva, que trastoca las viejas reglas establecidas.

En el México de la pax priísta de 65 años, al autoritarismo se le llama democracia y al fraude igual; al presidencialismo sin límites, política moderna; al partido de Estado, partido de las mayorías; al control de los resultados electorales por el gobierno, reforma política; al "dedazo", decisión de las mayorías; al neoliberalismo salvaje, liberalismo social; a la concentración desmedida del ingreso, "política solidaria"; a la integración con Estados Unidos, Tratado de Libre Comercio; al mantenimiento o creación

de grandes monopolios privados (Televisa, Telmex), economía de mercado; a la componenda con la oposición, negociación; etcétera.

En México, desde los políticos profesionales hasta los simples ciudadanos, tienen que transformarse en intérpretes del idioma orwelliano en que se expresa el poder. Así, cuando el presidente, los altos burócratas, los gobernadores, los líderes del PRI, Fidel Velázquez, los empresarios, las iglesias, la televisión y otros muchos actores, dicen blanco, los conocedores deben traducir ese término, y dependiendo del contexto, por negro, por gris, o por cualquier otro color, incluso, quizá... ¡por blanco!

En la política del poder mexicana, el lenguaje dominante sirve para varias cosas, pero raras veces para lo que se supone que debería servir: para expresar claramente las ideas y sentimientos de quienes lo

SIGUE EN LA PAG. TREINTA Y SEIS

emplean. El lenguaje de la clase política mexicana, sobre todo de la que está en el poder, ha sido, casi desde su origen, un lenguaje turbio, que tiene significados múltiples y que oculta mucho más de lo que descubre. Ese discurso político es, básicamente, un instrumento de desinformación, de mentira sistemática elevada al grado de arte, cuyo objetivo central es la defensa de intereses ilegítimos.

Uno de los motivos del sorprendente éxito político del EZLN en general, y del subcomandante Marcos en particular, es que ambos, con una gran congruencia entre el decir y el hacer, han reintroducido en la política mexicana el discurso sencillo, directo y simple —que no simplista— y hasta se han permitido algunas licencias poéticas. Se trata por tanto, de un discurso donde las palabras buscan recuperar su significado original, y por ello se vuelven antiautoritarias y liberadoras.

Desde los primeros documentos que el EZLN y sus dirigentes dieron a conocer tras la toma de San Cristóbal de las Casas, y hasta la reciente entrevista que el subcomandante Marcos dio en inglés para el programa norteamericano "60 minutos", los zapatistas han buscado hacer de la congruencia, una de sus armas principales. En efecto, el discurso del EZLN es el "Big Bertha" de su artillería, su arma de grueso calibre y largo alcance. Con ella lograron despertar a una parte de la sociedad mexicana, movilizarla para detener la ofensiva del ejército federal y, finalmente, establecer una importante presencia en lo que hasta hacía poco era una zona de influencia salinista: los medios internacionales de información.

El lenguaje de Marcos es la antítesis del lenguaje gubernamental porque se nutre de una fuente distinta. Ese discurso también se distingue, y mucho, del lenguaje acartonado y esotérico que por largo tiempo usó la izquierda en México. El EZLN es, desde luego, heredero de esa izquierda, pero como bien lo ha señalado el subcomandante Marcos, un heredero que ya no busca repetir sino inventar nuevas fórmulas. Su punto de partida no es ya un postulado teórico de Marx, Lenin o Mao, sino la propia experiencia de las comunidades indígenas

chiapanecas y la ausencia de compromisos y subordinación a otros movimientos políticos. Lo que ha logrado con esto el EZLN, es convertirse en un punto de referencia para todos, tanto para el gobierno como para la oposición. Su éxito se explica, en buena medida, por emplear un discurso directo, sin dobleces, y que todo ciudadano de buena fe puede entender. Finalmente, se trata de un discurso al que avala la injusticia histórica que han padecido las comunidades indígenas chiapanecas y su sorprendente voluntad de desafiar a un enemigo infinitamente más poderoso, que le supera en todo —armas, hombres, dinero, aliados— salvo en dignidad y en legitimidad.

A los nuevos zapatistas se les puede cuestionar, como bien lo afirmó el subcomandante Marcos, el método de lucha, pero no se les puede negar el valor con que la llevaron a cabo, ni los motivos que la impulsan: la miseria de los más miserables; la ausencia, desde tiempo inmemorial, de estructuras jurídicas que permitieran a esos marginados hacer valer sus derechos frente a policías, caciques, alcaldes, burócratas, terratenientes o comerciantes; la indiferencia del poder local y nacional frente al costo humano del nuevo modelo económico neoliberal; la imposibilidad del salinismo de demostrar que ganó en las urnas el derecho a imponer su proyecto nacional, pero que, pese a ello, lo impuso. Por otro lado, los zapatistas aceptan que tanto su proyecto como sus métodos son sólo una posibilidad entre varias, que no tienen el monopolio de la verdad, y que la vía por la cual ellos transitan, tiene limitaciones. Este último punto es importante en extremo, pues finalmente no serán las armas del EZLN —que no son muchas ni las mejores— sino la sociedad civil nacional, quien realmente pueda construir el México nuevo.

Frente al lenguaje y acción de los zapatistas, contrastan, y negativamente, el discurso y la acción del poder. Hoy el ejemplo más notable y contrastante, es el del candidato presidencial del partido del Estado. En efecto, Luis Donaldo Colosio (LDC) ha adoptado un discurso crítico, ¡casi de oposición! El 24 de enero, en Coahuila, LDC se pronunció en contra de la corrupción ¡él, que provie-

ne de un partido y un sistema, que han hecho de la corrupción un arte! Dos días más tarde, en Durango, ese candidato del presidencialismo sin límites, se lanzó... ¡en contra de los funcionarios prepotentes! Luego, el 2 de febrero, el ex presidente del partido que en 1988 ganó sin credibilidad, denunció ¡a quienes se preparaban para ensuciar el proceso electoral! Ante jóvenes priístas, el 27 de febrero, LDC, sérvidor y producto del sistema autoritario más antiguo del

siglo XX, se manifestó en favor del fin de "la anticultura política de la dominación autoritaria". Coronando todo este discurso antisistémico dentro del sistema y en el marco de la ceremonia de los 65 años del PRI del 6 de marzo LDC exigió poner límites estrictos justamente al poder presidencial que lo hizo a él, candidato del PRI, pues, aseguró ¡la concentración del poder es fuente de muchos males! Igualmente propuso la separación del PRI del gobierno y dar por concluidos sus 65 años de partido de Estado, etcétera.

En abstracto, el discurso de Colosio, sin ser nuevo, es aceptable. En realidad, su talón de Aquiles no es lo que dice sino en qué sea precisamente él quien lo dice. A la crítica al presidencialismo sin límites, a la liga entre partido y gobierno, a la corrupción o a la prepotencia, no le avala una biografía, una conducta congruente con lo que ahora critica.

Si Colosio es el discurso increíble, el de su némesis dentro del PRI; el de Manuel Camacho, es hoy el discurso incomprensible, hermético, sólo para iniciados ("casi tan legible como una estela maya" diría Germán Dehesa en Reforma el lunes 14). Tras lo dicho por Camacho el 11 de marzo en el hotel Presidente, seguimos sin saber cuáles son sus verdaderas intenciones respecto a su candidatura presidencial, pues tras muchas palabras, no dijo ni sí ni no a la posibilidad de disputar a Colosio el legado de Carlos Salinas.

Una vida ciudadana sana, democrática, a la altura de una posmodernidad sin muros de Berlín ni ideologías totalizadoras, requiere más de un lenguaje político como el que han reintroducido el subcomandante Marcos y el EZLN, y menos, mucho menos, del lenguaje del PRI y de todo lo que bajo el PRI es.